

Semana del 18 al 24 de Marzo de 2018. DOMINGO V DEL TIEMPO DE CUARESMA

“Crea en mí, Señor, un corazón puro”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Jer 31,31-34: “Haré una alianza nueva y no recordaré sus pecados”

Salmo: 50,3-4.12-13.14-15: “¡Oh Dios, crea en mí un corazón puro!”

2ª Lectura: Heb 5,7-9: “Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación eterna”

Evangelio: Jn 12,20-33: “Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto”

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 12,20-33)

+++ Gloria a Ti, Señor.

También un cierto número de griegos, de los que adoran a Dios, habían subido a Jerusalén para la fiesta. Algunos se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron: “Señor, *quisiéramos ver a Jesús.*” Felipe habló con Andrés, y los dos fueron a decirselo a Jesús. Entonces Jesús dijo: “*Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad les digo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.*

El que ama su vida la destruye; y el que desprecia su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna.

El que quiera servirme, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Y al que me sirve, el Padre le dará un puesto de honor.

Ahora mi alma está turbada. ¿Diré acaso: Padre, líbrame de esta hora? ¡Si precisamente he llegado a esta hora para enfrentarme con todo esto! Padre, ¡da gloria a tu Nombre!”

Entonces se oyó una voz que venía del cielo: “*Lo he glorificado y lo volveré a glorificar.*”

Los que estaban allí y que escucharon la voz, decían que había sido un trueno; otros decían: “*Le ha hablado un ángel.*”

Entonces Jesús declaró: “*Esta voz no ha venido por mí, sino por ustedes. Ahora es el juicio de este mundo, ahora el que gobierna este mundo va a ser echado fuera, y yo, cuando haya sido levantado de la tierra, atraeré a todos a mí.*” Con estas palabras Jesús daba a entender de qué modo iba a morir.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El pasaje del Evangelio que acabamos de releer sucede inmediatamente después de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (que reviviremos el próximo Domingo de Ramos). La Lectura comienza diciéndonos que “cierto número de griegos” le expresaron a Felipe (que era de Betsaida) su deseo de “ver” a Jesús.

La aclaración de que Felipe es de Betsaida parecería ociosa, pero no lo es: esa era una zona fronteriza con Grecia, por lo que se entiende, los griegos pudieron comunicarse perfectamente (o al menos hacerse entender bien) con Felipe. Felipe va donde Andrés, también galileo y de nombre griego, para transmitirle el deseo de los forasteros.

Pedían ver a Jesús, aunque no se nos aclara si querían verlo para escuchar sus enseñanzas y aprender su doctrina, o simplemente querían estar con el hombre famoso de aquellos días, el que hacía milagros sanando enfermos, expulsando demonios y resucitando muertos; y al que seguramente acababan de ver a lo lejos, rodeado de gente y recibido con júbilo...

En síntesis, no sabemos si querían verlo más por fe o por curiosidad. Ellos eran “gentiles”, es decir, gente que no pertenecía al pueblo elegido, pero de todas maneras eran “temerosos de Dios” o “prosélitos” (es decir, creyentes no judíos, que observaban algunas prácticas religiosas judaicas, como la peregrinación anual al Templo, y estaban allí “para adorar a Dios”). Ahora pedían “ver” a Jesús.

En el Evangelio de Juan el verbo “ver” significa también “conocer”, y conforme a ese significado, se nos sugiere que Jesús sentía que había llegado el momento de revelarse, de darse a conocer totalmente; por eso saca de aquel pedido de los griegos una reflexión sobre su propia muerte. Los griegos abandonan completamente la escena y nos centramos en un nuevo anuncio del Señor sobre su próxima Pasión.

Jesús sabía que el momento de culminar su misión estaba muy cerca: el mismo San Juan nos adelanta, pocos versículos atrás, que los testimonios sobre la resurrección de Lázaro se difundían a grandes voces, y que los fariseos estaban muy preocupados, porque veían que la fama de Jesús iba en aumento y ellos no podían hacer nada para frenarla. Esto precipitará su decisión de acabar con la vida de Jesús.

Humanamente, Jesús se siente asustado, contrariado... Les dice a sus discípulos “*Ahora mi alma está turbada*” (en otras versiones leemos que dice “*Ahora que tengo miedo...*”) pero decide sobreponerse y **obedecer** la Voluntad del Padre. ¡Qué lección para cada uno de nosotros!, que con frecuencia optamos por hacer, no lo que debemos, sino lo que nos parece, lo que más nos gusta, o lo que menos nos cuesta, ¿verdad?

Es en ese contexto que el Señor decide exteriorizar nuevamente el tesoro de amor que lleva en su corazón, y para ello utiliza la comparación entre la vida de la fe y la semilla de trigo, que cuando uno la mira, nada muestra, pero cuando muere en la tierra, brota de ella una hermosa planta, de la que sale el pan que nos alimenta.

Jesús sabe que su muerte, igual que la del grano de trigo, será transitoria, y que de ella brotará la salvación del mundo, pero antes deberá Él ser levantado en lo alto de la Cruz, donde se hará visible a todos los hombres que vuelquen los ojos hacia Él para mirarlo, y para comprender, contemplando ese rostro, deshecho a golpes y cubierto de sangre, lo que es **EL VERDADERO amor**.

Algunos expertos dicen que los crucificados solían quedar a no más de un metro o metro y medio de alto, pero también encontramos bellas estampas que muestran una cruz altísima... En todo caso, no importa cuánto de alto hubiera tenido en centímetros o metros la cruz de Jesús. La altura de la Cruz de Cristo está dada por la montaña de sufrimiento gratuito, aceptado con amor, por la montaña de pecados de toda la humanidad, sobre la que se clavó al Hijo de Dios, sobre la que Él, voluntariamente, ofreció su vida al Padre, intercediendo por nosotros, para el perdón de nuestras miserias en el Gólgota.

En la Cruz podemos verlo en cualquier instante. Allí espera Él que repitamos el gesto de Dimas, el ladrón arrepentido. Él conoce perfectamente la cruz que cada uno de nosotros carga en su vida, esa cruz (más grande o más pequeña), en la que el mundo y el pecado nos tienen clavados. Y a nuestro lado, Jesús espera que volquemos la mirada hacia Él, y le digamos: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino”.

Otra cuestión importante, para analizar en este pasaje del Evangelio, es que las palabras del Padre **“Lo he glorificado y lo volveré a glorificar”**, están dirigidas a nosotros, y Jesús así lo aclara: **“Esta voz no ha venido por mí, sino por ustedes”**.

Son palabras dirigidas a cada uno de nosotros, ofreciéndonos la posibilidad de glorificar también a Cristo, mediante nuestra entrega y nuestra conversión, porque Jesús, el amor encarnado, no busca al mal, sino al malo. Él aborrece el pecado, pero ama al pecador, y precisamente ahí está la clave de nuestra esperanza y la clave de la forma en la que Cristo nos pide amarnos los unos a los otros, como su más importante mandamiento. ¿Por qué voy a juzgar yo a mi hermano, a quien Dios ama? ¿Qué excusa puedo poner para no amarle yo también...?

Jesús ha sido levantado en lo alto, como lo había predicho la semana pasada a Nicodemo, y como lo vuelve a anunciar hoy, pero debemos estar conscientes de que la única forma de “verlo”, con el sentido que San Juan le da a la palabra “ver”, la única forma de **conocerlo**, es a través de la humildad, de reconocernos indignos, pecadores y necesitados de la salvación que Él mismo nos regaló en lo alto del Calvario.

A través de este Evangelio, el Señor nos invita una vez más a la conversión profunda, a la entrega personal, **a la crucifixión del “yo”**, para que haciendo a un lado nuestras preferencias, nuestros gustos y nuestras comodidades, podamos dar frutos de Vida Eterna. Sus palabras son contundentes: **“El que ama su vida la destruye”**...

Nuevamente, la invitación de Cristo hoy, es a que nos hagamos pequeños y humildes, **obedientes como Él**, para poder servir mejor a la realización de Sus planes salvíficos.

Precisamente el autor de la Segunda Lectura de este domingo, nos dice que Jesús, *“aunque era hijo, en el sufrimiento aprendió a obedecer; así alcanzó la perfección y se convirtió, para todos aquellos que le obedecen, en principio de salvación eterna...”* (Heb 5,8-9)

San Ignacio de Antioquía hacía una hermosa reflexión sobre la suerte de aquellos granitos de trigo que, sin mérito alguno, fueron triturados por la piedra del molino, fueron amasados amorosamente por las manos de una monjita, y puestos al fuego del horno, donde se transformaron en una blanquísima Hostia, que se convertiría luego en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para alimento del cuerpo y del alma de los creyentes.

San Pablo, por su parte, nos enseñaba que como cristianos, también nosotros debemos hacernos “hostias vivas”, y así darnos en alimento a los demás; pero para ello nos hace falta mucha entrega, mucha obediencia y mucha, **muchísima** humildad. Pidámosle al Señor que en lo que queda de esta Cuaresma, nos ayude a disponer de tal manera nuestro corazón y nuestro espíritu, que en la Pascua que ya se avecina podamos resucitar con Él a una nueva vida, de mayor entrega y auténtico sacrificio, para la edificación del Reino.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)

- a) No sabemos si los griegos querían “ver” a Jesús por curiosidad o para seguirle... Pensando con toda honestidad, ¿por qué y para qué estoy yo en este Apostolado? ¿Qué es lo que estoy buscando aquí?
- b) ¿Hago todo lo posible para amar a Dios y a mis hermanos más que a mí mismo? ¿Me sacrifico de verdad por la construcción del Reino, o contribuyo con la Obra de Dios sólo en la medida en que me gusta, o no me incomoda hacerlo?
- c) ¿En qué aspectos necesito yo “dejar de amar mi vida”, para no terminar destruyéndola...? ¿De qué debo desapegarme?
- d) ¿Qué necesito hacer, para ser un verdadero santo? ¿Me estoy esforzando lo suficiente para serlo...?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cánones: 606, 608, 716, 1972, 1964

606 El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado”, “al entrar en este mundo, dice: ... “He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad...” “En virtud de esta voluntad somos santificados, gracias a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo”. (Heb 10,5-10). Desde el primer instante de su Encarnación, el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34).

El sacrificio de Jesús “por los pecados del mundo entero”, es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida”. “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado.” (Jn 14,31).

607 Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12,27). “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?” (Jn 18,11). Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido”, dice: “Tengo sed”.

608 Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores, vio y señaló a Jesús como el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. Manifestó así que Jesús es, a la vez, el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero y carga con el pecado de las multitudes y el cordero pascual, símbolo de la redención de Israel cuando celebró la primera Pascua. Toda la vida de Cristo expresa su misión: “Servir y dar su vida en rescate por muchos” (Cfr. Mc 10,45).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-66: Sí, debes comprender y te haré comprobar que el grano de trigo debe germinar, porque si es ablandado bajo la tierra y deshecho, estará listo para salir a la luz del sol.

CS-81: El que aborrece o mortifica su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. El verdadero dichoso es aquel que ama a Dios y sabe salvarse.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de marzo, practicamos la virtud del **Sacrificio** (Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 2099—618—901—2100—1032)

Esta Semana veremos el canon 1032, que dice lo siguiente:

1032 Esta enseñanza se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: “Por eso mandó [Judas Macabeo] hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado” (2 M 12,46). Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico (Cfr. DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos:

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA 118 Ciertamente el poder sobre aquellas almas es absoluta prerrogativa Mía y la Iglesia en la tierra está plenamente en la verdad incluso en esta materia como en todas las otras que son propias de los viadores. ¡Ah, si se comprendiera qué materno afán mueve a Mi Iglesia a orar por los difuntos y sobre todo, si se comprendiera al menos un poco de aquella conclusión de las oraciones que pone la Iglesia cuando implora acogida por Mis méritos, o bien por el honor Mío.

(...) Me limito a decirles que las almas del Purgatorio, liberadas por Mí con sus oraciones y con los ofrecimientos que Me hacen, los consideran como queridísimos hermanos a los cuales deben su felicidad en plano subordinado.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** En oración, frente a Jesús Sacramentado, le pediré al Señor que me permita ver con claridad en qué aspectos necesito yo “dejar de amar mi vida”, para no terminar destruyéndola... Le pediré que, por su misericordia, me muestre de qué debo desapegarme. Haré sacrificios, hasta el domingo de Pascua, pidiéndole a Dios mi conversión en esos aspectos.

- **Con la virtud del mes:** Esta semana ofreceré mi trabajo, incomodidades y esfuerzos, y 3 misas por las almas de aquellos familiares que se me adelantaron en el encuentro con Dios.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*